

Tokio + Olímpicos, la combinación perfecta

Por Claudio Martínez

Si bien había visitado Asia en varias oportunidades, nunca había tenido la ocasión de conocer Japón. Sí, en cambio, había leído mucho de Tokio y sus habitantes. Pero ni todo lo investigado, incluyendo el recuerdo de algunas piezas del gran escritor Haruki Murakami, fue suficiente. Cuando uno aterriza en Tokio y empieza a recorrerla, todo lo imaginado es superado por la realidad de un país que no deja de sorprender por su orden, educación, limpieza, respeto y modernismo.



Si Japón -ahora ya lo sabemos- es un país espectacular, lo debería ser aún más como anfitrión de un evento tan importante como los Juegos Olímpicos. Pero en ese combo, que rozaba la perfección, se entrometió la pandemia de Covid-19 para entorpecer las cosas. En el caso de Tokio, fue un desafío para los organizadores, que contra viento y marea lograron sacar

adelante una competición a la que muchos daban por suspendida desde varios meses antes.

Tokio 2020 fueron mis segundos Juegos Olímpicos y una experiencia increíble. Los primeros habían sido Atenas 2004, los cuales cubrí como periodista de El Diario de Hoy. En este caso, 17 años después, estuve acreditado como encargado de prensa de la delegación salvadoreña y, a diferencia de la primera vez donde residía en un hotel, ahora nos tocó vivir en la Villa Olímpica.



Compartir la Villa con los atletas de 205 países supera cualquier cosa. Ir o volver con ellos en el transporte oficial a los escenarios fue uno de los privilegios, lo mismo que compartir la mesa del comedor con un atleta de Costa de Marfil y otro de Bahamas, vivir en el mismo edificio -la Torre 3- que el tenista Novak Djokovic o ir en el mismo elevador que el jugador de baloncesto esloveno Luka Dončić. Vivir con ellos es compartir sus éxitos y sus frustraciones, ser testigos de sus esfuerzos y sus pasiones.

Es descubrir, a través del intercambio de países, países como Vanuatu, o compartir alegrías como la primera medalla olímpica de San Marino, una nación con apenas 34,000 habitantes. Pero por sobre todas las cosas fue estar cerca de nuestros atletas, seres humanos como cualquier otro en su estado más natural. Vivir de cerca sus entrenamientos, sus miedos, sus sueños, sus ambiciones...

La pandemia puso un freno a Tokio 2020, es cierto. Vivimos una semana en Fujisawa casi sin poder salir, presos de una cuarentena/burbuja obligatoria que adoptamos con humor y resignación. Éramos escoltados incluso para recorrer los 100 metros que separan el hotel del centro deportivo de la pista de atletismo. Pero el trato de los japoneses, incluso para decir no, fue impecable. La amabilidad y el servicio de cada uno de los voluntarios de Fujisawa no fue más que un anticipo de lo que luego sería Tokio. Sin embargo, el encierro de Fujisawa nos permitió explorar en la cultura japonesa, degustar sus platillos y, por si fuera poco, asomarnos a una terraza para ver el imponente monte Fuji, el pico más alto de todo Japón.



Más que la incomodidad de la cuarentena -al fin de cuentas necesaria para evitar contagios-, lo más triste fue ver vacías esas joyas arquitectónicas que eran los escenarios deportivos. Un auténtico desperdicio. Una pena que los japoneses se hayan privado de ver en vivo a los mejores atletas del mundo y que éstos no hayan tenido una multitud fervorosa alentándolos desde las gradas. Pero era eso o que los Juegos no se realizaran. Eso sí, es probable que muchos se hayan manifestado en

contra de los Olímpicos y pedían su cancelación, pero desde mi óptica yo vi más gente a favor, incluso aplaudiendo el paso de los buses que conducían a los atletas a los escenarios.



Si los japoneses tuvieron que resignarse a ver los Juegos por televisión, a nosotros nos tocó ver Tokio a lo lejos. O casi. Muchas veces desde la ventanilla del autobús, suficientes para apreciar sus impresionantes rascacielos y la belleza caprichosa de su bahía. Al final, luego de 14 días, al menos se nos permitió abandonar la burbuja y visitar algunos de los íconos más emblemáticos de la ciudad: la vibrante Akiabara, el templo Sensō-ji, la colorida Shibuya, entre otras. Un viaje inolvidable y una experiencia para compartir, un baño de cultura y aprendizaje que nos acompañará para siempre.

